

Farmacias con guardia

(*Navarra Hoy*, 28.11.1987)

"Cochina, marrana, no haberte dejau"
(Jota navarra)

Cuando la ciencia está ya en los bebés-probeta y la fecundación in vitro, aquí andamos aún a vueltas con lo que dicen y hacen los más brutos del lugar. Me refiero a los señores de Acción Familiar, perdonen ustedes tan innecesaria precisión. En fin, lo que dijo el poeta: tristes tiempos aquéllos en que todavía hay que combatir por evidencias...

Que se hayan pasado años tronando contra un pacato proyecto de ley del aborto, bueno. Que hayan asustado a muchos con la amenaza de los tormentos del infierno, allá las conciencias de los creyentes para saber a qué atenerse. Que, una vez perdida la batalla legislativa, persistan sin embargo en confundir la jurisdicción divina con la humana, los deberes religiosos particulares con los derechos civiles generales, ya es más grave. Que a la menor ocasión que les depara esta ley deficiente (en la que creen menos que nadie y a cuya insuficiencia ellos contribuyeron como ninguno) desaten la caza de la abortante y de su médico para conducirlos ante el juez, sólo puede ser fruto del fanatismo más obtuso. Pero que, por último, induzcan a terceros a ejercer, si no abiertamente de delatores, sí al menos de directores espirituales para con la embarazada, eso supera los límites de lo calificable. Pues bien, a lo que parece (Navarra hoy, 21-11-87), ya los han traspasado y se ha invitado a los farmacéuticos a formar parte de la Santa Alianza.

Ahí es nada convertir a los boticarios en psicólogos, dedicados a espiar los menores gestos de sus clientes e interpretar cualquier reacción de la interesada como síntoma inequívoco de una malvada disposición al aborto. Imaginemos ahora que otras asociaciones no menos filantrópicas se sirvieran de estas hasta hoy desaprovechadas facultades de los farmacéuticos y les requiriesen parecidos menesteres. Por ejemplo, que ante la sospecha de una oculta voluntad de suicidio, se abalancen fraternalmente hacia cualquier sujeto que demande en tono no del todo comedido unos calmantes; o que, por las buenas, reprochen a quien les solicite determinados fármacos que se les nota en la cara su intención de administrarlos en dosis letales a su legítima esposa.

Mucho me temo que, de prosperar esta noble iniciativa, a lo mejor se ataja el número de abortos, pero crecerá desde luego el de situaciones embarazosas.

Nada tendría de extraño que cualquier federación de sacerdotes, detectives o psiquiatras elevasen a la autoridad competente su protesta contra semejante intrusismo laboral. Claro que también cabría esperar una airada respuesta del propio gremio farmacéutico ante la apostólica función que ahora se les encomienda. Al fin y al cabo, es posible que alguno de sus miembros no pertenezca a Acción Familiar, ni siquiera (¡ay!) se confiese cristiano ni, en todo caso, desee verse acusado del asesinato de Ferminico en grado de complicidad por omisión. Más aún, entra dentro de lo probable que los licenciados en pócimas se resistan a excederse de sus tareas estrictamente comerciales, en las que tampoco parece irles tan mal. No sea que el personal a la hora de verificar su preñez recurra de nuevo a la acreditada prueba de la rana, animalillo tal vez menos eficaz, pero indudablemente más reservado.

Metidos a ello, habría otras felices ocurrencias cuya puesta en práctica debería ser sugerida a no tardar a estos honrados profesionales. ¿Por qué no conectar a través de un terminal de ordenador la farmacia con la parroquia o el juzgado más próximos, en los que tratar de persuadir a la embarazada remisa?. ¿No es hora de sustituir el viejo concepto de farmacia de guardia por el de farmacia con guardia y habilitar así en cada establecimiento una discreta garita?. Pero para disponer de una farmacia en guardia permanente, habría que llegar más lejos y prevenir incluso el mero barrunto de delito: ¿no estaría acaso justificado amañar los resultados de las pruebas de embarazo, de manera que ante un repetido informe negativo la interfecta, ignorante de su propio estado, no llegara siquiera a soñar en cometer ningún desaguisado hasta que no hubiera remedio?. Comprendo que el prestigio científico de la institución farmacéutica podría quizá resentirse un tanto; pero todo lo daría por bien empleado ad maiorem Dei gloriam.

Estos misioneros de la fecundidad han de condenar toda interrupción voluntaria del embarazo porque, en su envidiable candor, deben de suponer que no existe embarazo que sea involuntario. Les parecerá increíble, pero los hay. Y hasta cabe sospechar que algunas de estas almas puras contribuye muy a su pesar -¡lo que son los designios del Señor!-, a incrementar las gestaciones no deseadas y, en esa misma medida, los deseos de su interrupción. Esos médicos, más afanados en la salud del alma que en la del cuerpo, que rehúsan olímpicamente recetar los medios anticonceptivos

que tantas mujeres angustiadas les imploran. Esos farmacéuticos que, por única excepción a su espíritu mercantil, despachan como a delincuentes a quienes se arriesgan a pedirles una caja de preservativos. Esos remilgados profesores, que huyen de la educación sexual como de la pornografía dura... Por pura consecuencia con estas prácticas, era de esperar que estos santos varones se sintieran obligados a dispensar - como prometen- cuanta ayuda material sea precisa para asegurar la vida de quienes ellos mismos empujan (quieran que no sus progenitores) a traer al mundo. ¿Qué hará Acción Familiar cuando aquellos padres "malgré soi", en agradecimiento a sus prédicas, depositan en sus puertas a sus forzados retoños?

Nuestros catequistas familiares, en un gesto de comprensiva ecuanimidad, no entran a "enjuiciar los motivos, bien dramáticos en ocasiones, que pueden inspirar tan trágica determinación", como es la del aborto. He ahí una declaración digna de Tartufo: de hecho no sólo enjuician constante y públicamente, sino que a los motivos dramáticos y a la trágica determinación de las personas afectadas estos nuevos cruzados no tienen reparo en añadir los terrores de la comisaría. No obstante, hacen muy bien los sabuesos en precaverse de palabra, porque si se atrevieran simplemente a acercarse a aquellas razones que dicen no juzgar, quizá no mostrarían tanto celo en denunciar moral y penalmente lo que es una de las consecuencias más inmediatas y terribles de males más amplios. ¿Alguien ha visto a estos apóstoles de la familia numerosa alzar su voz - individual o colectiva- contra el paro, los salarios de hambre o los precios de la vivienda?

Claro que tampoco van a estar en todo. Bastante tienen con escudriñar la conciencia del prójimo, aunque sea a costa de proyectar la clamorosa miseria de la propia. Tiene que ser duro, no contentos con saberse los elegidos del Cielo, cargar también con la tarea de hacer purgar en este mundo a los réprobos sus presuntas culpas espirituales. Su esfuerzo les cuesta mantener racionalmente a estas alturas que la criatura humana deba someter su procreación, como cualquier bicho, a los ciegos dictados de la naturaleza. Ni resulta fácil guardar oculto el piadoso principio que en el fondo esgrimen ante la gestante: en el pecado de retozar llevas la penitencia del embarazo. Si es justo mezclar la voluntad de Dios con todo esto, si es sencillamente humano esperar la venida del hijo como un castigo o un estigma de los padres..., son cuestiones que los de Acción Familiar tienen ya afirmativamente resueltas.

Con semejantes abortivos doctrinales, estos enemigos de la humanidad del hombre nos están poniendo literalmente a parir. No se extrañen, pues, si la sociedad les corresponde con su inmenso vómito.